



ESPERANZA

Por Ataliva Amengual

Para: Instituto Acton Argentina

Parece que hoy, en el diario vivir, existimos eminentemente en el hoy, menos en el pasado y, quizá, poco en el futuro.

Consideramos la realidad, como lo que puede verificarse en el presente; de este modo la realidad no tiene futuro. La esperanza se enmascara en este trasfondo.

Sin embargo, vivimos envueltos en la posibilidad, no sólo en la presencia.

En un tiempo donde muchas veces nos cuesta encontrar razones para esperar.

Para los que depositan su confianza en el Dios de la Biblia la esperanza de la fe les permite poder vivir. «La fuente de la esperanza está en Dios que solo puede amar y que nos busca incansablemente.» La esperanza se arraiga en el hoy de Dios.

Si Dios es bueno, es amor, y no nos abandona jamás, entonces, sea cual sean las circunstancias - alejadas de la justicia, de la paz, de la solidaridad y de la compasión - para nosotros creyentes esta no es una situación definitiva. En la fe en Dios, nosotros los creyentes incitamos a la espera de un mundo según su voluntad, según su amor.

En la Biblia, esta esperanza suele expresarse con la noción de promesa.

La promesa es una realidad dinámica que despliega nuevas posibilidades en la vida humana, mira a lo venidero, pero radica en una relación con Dios que me habla aquí mismo, que me invita a hacer opciones específicas en mi vida.

Las simientes del futuro se hallan en una relación presente con Dios.

Nosotros vivimos la esperanza, sabiendo que en Cristo, «*las tinieblas pasan y la luz verdadera brilla ya*» (1 Juan 2, 8).

No es un deseo para el futuro sin garantía de realización, la esperanza cristiana es la presencia del amor divino en persona, el Espíritu, que nos conduce hacia una comunión en plenitud.